

La locura del día *

Maurice Blanchot

Traducción de MARTHA PULIDO **

No soy ni sabio ni ignorante. He conocido alegrías. Es muy poco decir, vivo, y esta vida me produce el placer más grande. Entonces, ¿la muerte? Cuando muera (quizás dentro de muy poco), conoceré un placer inmenso. No hablo del gusto previo a la muerte que es insípido y con frecuencia desagradable. Sufrir es embrutecedor. Pero es ésta la sorprendente verdad de la que estoy seguro; siento al vivir un placer sin límites y tendré al morir una satisfacción sin límites.

He errado, he pasado de un lugar a otro. Estable, permanecí en una sola habitación. Fui pobre, después más rico, luego más po-

bre que muchos. Siendo niño tuve grandes pasiones, y todo lo que deseaba lo obtenía. Mi niñez desapareció, mi juventud está en camino. Poco importa; de lo que fue soy feliz, lo que es me complace, lo que viene me conviene.

¿Es mi existencia mejor que la de todos? Es posible. Tengo un techo, muchos no lo tienen. No sufro de lepra, no soy ciego, veo el mundo, extraordinaria dicha. Lo veo, este día fuera del cual no hay nada. ¿Quién podrá arrebatarme eso? Y al desvanecerse este día, me desvaneceré con él, pensamiento, certeza que me transporta.

He amado seres, los he perdido. Me enloquecí cuando sufrí ese golpe, pues es un infierno. Pero mi locura se quedó sin testigo, mi extravío permaneció oculto, sólo mi intimidad se enloqueció. Algunas veces,

me enfurecía. Se me decía: ¿Por qué está usted tan calmado? Ahora bien, estaba quemado de los pies a la cabeza; durante la noche corría por las calles, aullaba; durante el día, trabajaba tranquilamente.

Poco después, la locura del mundo se desencadenó. Fui empujado contra el muro como tantos otros. ¿Por qué? Por nada. Los fusiles no se dispararon. Me dije: Dios, ¿qué haces? Dejé entonces de ser insensato. El mundo dudó, luego recobró su equilibrio.

Con la razón, regresó a mí el recuerdo y vi que aun en los peores días, cuando me creía perfecta y completamente desgraciado, era sin embargo, y casi todo el tiempo, extremadamente feliz. Esto me dio mucho que pensar. Este descubrimiento no era agradable. Me parecía que perdía mucho. Me interrogaba: ¿no estaba yo triste, no había sentido mi vida despedazarse? Sí, así había sido; pero, a cada minuto, cuando me levantaba y corría por las calles, cuando permanecía inmóvil en el rincón de una habitación, la frescura de la noche, la estabilidad del suelo me hacían respirar y descansar con alborozo.

Los hombres quisieran escapar a la muerte, extraña especie. Y algunos gritan, morir, morir, porque quisieran escapar a la vida. "Qué vida, me mato, me entrego". Eso es lastimoso y extraño, es un error.

Sin embargo, he encontrado seres que nunca han dicho a la vida, cállate, y nunca a la muerte, vete. Casi siempre mujeres, bellas criaturas. A los hombres el terror los asedia, la noche los horada, ven sus proyectos aniquilados, su trabajo reducido a polvo, se sienten estupefactos, ellos tan importantes queriendo hacer el mundo, todo se desmorona.

¿Puedo describir mis sufrimientos? No podía ni caminar, ni respirar, ni alimen-

tarme. Mi respiración era de piedra, mi cuerpo de agua, y sin embargo moría de sed. Un día fui hundido en el suelo, los médicos me cubrieron de barro. ¡Qué trabajo, al fondo de esta tierra! ¿Quién dice que es fría? Es de fuego, es un matorral de espinos. Salí de allí completamente insensible. Mi tacto erraba a dos metros; si alguien entraba a mi habitación, gritaba, pero el cuchillo me descuartizaba tranquilamente. Sí, me convertí en un esqueleto. Durante la noche, mi delgadez se levantaba delante de mí para aterrorizarme; me insultaba, me agotaba con sus idas y venidas; ¡ah! me sentía terriblemente cansado.

¿Soy egoísta? Sólo tengo sentimientos hacia algunos, no siento compasión por nadie, y sintiendo raramente deseos de complacer, rara vez siento deseos de ser complacido. Y yo, para mí mismo soy casi completamente insensible, sólo sufro en ellos, de tal manera que la más insignificante de sus molestias se convierte para mí en un mal infinito y que de todas maneras, si es necesario, los sacrifico deliberadamente, les arrebató todo sentimiento de felicidad (a veces los mato).

Salí de la fosa de barro, con el vigor de la madurez. Antes, ¿qué era yo? Una bolsa de agua, una superficie muerta, una profundidad durmiente. (Sin embargo, sabía quién era yo, duraba, no caía en el vacío). Venían a verme de lejos. Los niños jugaban a mi lado. Las mujeres se tendían sobre la tierra para darme la mano. Yo también tuve mi juventud. Pero el vacío me dejó decepcionado.

No soy temeroso, he recibido golpes. Alguien (un hombre exasperado) me tomó la mano y plantó allí su cuchillo. Tanta sangre. Después, él temblaba. Me ofrecía su mano para que yo la clavara contra una mesa o contra una puerta. A causa de es-

* Fata Morgana, Montpellier, 1973. (Texto escrito en 1949).

** Profesora de la Escuela de Idiomas de la Universidad de Antioquia.

ta agresión, el hombre, un loco, creyó convertirse en mi amigo. Ponía su mujer en mis brazos; me seguía por las calles gritando: "soy un maldito, soy el juego de un delirio inmoral, confesión, confesión". Un loco extraño. Mientras tanto, la sangre chorreaba sobre mi único traje de calle.

Yo vivía sobre todo en las ciudades. Fui durante algún tiempo un hombre público. La ley me atraía, las multitudes me causaban placer. Fui oscuro en el Otro. Nulo, fui soberano. Pero un día me cansé de ser la piedra que lapida los hombres solos. Para tentarla, llamé dulcemente la ley: "Acércate, que te vea cara a cara". (Yo quería tenerla a solas un instante). Llamada imprudente, ¿qué hubiera hecho si ella hubiera respondido?

Debo confesarlo, he leído muchos libros. Cuando desaparezca, insensiblemente todos esos volúmenes cambiarán. Más grandes las márgenes, más cobarde el pensamiento. Si he hablado con mucha gente, esto me sorprende hoy. Cada persona ha sido un pueblo para mí. Este inmenso Otro me ha devuelto el "mí-mismo", más de lo que yo hubiera querido. Ahora, mi existencia es de una solidez sorprendente; hasta las enfermedades mortales me juzgan coriáceo. Pido disculpas, pero me temo que enterraré algunos antes de morir.

Comencé a caer en la miseria. Lentamente, ella trazaba círculos a mi alrededor, de los cuales el primero parecía dejarme todo, y del último sólo quedaría yo. Un día me encontré encerrado en la ciudad, viajar no era ya más que una fábula... El teléfono dejó de sonar. Mis vestidos se volvieron harapos. Sentía frío. Rápido, la primavera. Iba a las bibliotecas. Hice amistad con un empleado que me permitía descender hasta los bajos fondos para calentarme. Para ser útil, yo galopaba felizmente sobre pasarelas minúsculas y le alcanzaba

volúmenes que él transmitía enseguida al espíritu sombrío de la lectura. Pero este espíritu lanzó contra mí palabras poco amables. Bajo sus ojos yo me empequeñecía. El me veía como yo era, un insecto, una bestia con mandíbulas venida de las regiones oscuras de la miseria. ¿Quién era yo? Responder a esta pregunta me hubiera colocado en una situación de gran preocupación.

Afuera, tuve una visión fugaz. Había, a dos pasos de allí, justo en la esquina de la calle que me disponía a abandonar, una mujer con un cochecillo, yo la vía mal, ella maniobraba el cochecillo para hacerlo entrar por la puerta cochera. En ese momento, entró por esa puerta un hombre que yo no había visto acercarse. Ya se encontraba en el umbral cuando hizo un movimiento hacia atrás y salió de nuevo. Mientras se quedaba al lado de la puerta, el cochecillo que pasaba delante de él, se levantó ligeramente para franquear el umbral y la joven, después de haber levantado la cabeza para mirarlo, desapareció.

Esta corta escena me llevó casi hasta el delirio. No podía explicármelo completamente y sin embargo estaba seguro, había atrapado el instante a partir del cual el día, habiendo tropezado con un suceso verdadero, se apresuraba hacia el final. He aquí que llega, me decía a mí mismo, el fin llega, algo comienza, el fin comienza. Me sentí embargado de felicidad.

Iba a esta casa, pero sin entrar. Por la cerradura, veía el comienzo negro de un patio. Me apoyaba en el muro exterior, es verdad que tenía frío. Envolviéndome el frío de pies a cabeza, sentía lentamente mi enorme estatura tomar las dimensiones de ese frío inmenso, mi estatura se elevaba tranquilamente según los derechos de su verdadera naturaleza y yo permanecía en la alegría y en la perfección de esta felici-

dad, un instante la cabeza tan alta como la piedra del cielo y los pies sobre el macadán.

Es de anotar, que todo esto era real.

No tenía enemigos. Ninguna persona me molestaba. Algunas veces, en mi cabeza se creaba una inmensa soledad en donde el mundo entero desaparecía; pero el mundo volvía a salir de allí intacto, sin un rasguño, nada faltaba. Estuve a punto de perder la vista, cuando alguien lanzó un vidrio contra mis ojos. Este golpe me trastornó violentamente, lo reconozco. Tuve la impresión de entrar en el muro, de divagar en un matorral de sílex. Lo peor de todo, era la brusca, la terrible crueldad del día. No podía, ni mirar ni no mirar. Ver era espantoso, y dejar de ver me desgarraba desde la frente hasta la garganta. Además, escuchaba gritos de hiena que me hacían sentir amenazado por una fiera salvaje (esos gritos, creo, eran los míos).

Después de haber sacado el vidrio, me colocaron bajo los párpados una especie de piel y sobre los párpados murallas de algodón. No debía hablar, pues la palabra halaba los clavos del vendaje. "Dormía Usted", me dijo poco después el médico. ¡Yo dormía! Tendría que soportar la luz de siete días: ¡qué bello arrebol! Sí, siete días juntos, las siete claridades capitales convertidas en la vivacidad de un sólo instante me pedían cuentas. ¿Quién hubiera imaginado algo semejante? Algunas veces me decía: "Es la muerte; a pesar de todo, es impresionante, todo esto vale la pena". Pero otras veces yo moría sin decir nada. Con el tiempo me fui convenciendo que veía frente a frente la locura del día; esa era la verdad. La luz se convertía en locura, la claridad había perdido la cordura, me agredía disparatadamente, sin reglas, sin metas. Este descubrimiento fue una dentellada a través de mi vida.

¡Dormía! Al despertar, tuve que escuchar a un hombre preguntarme: "¿Va Usted a presentar una denuncia?". Extraña pregunta dirigida a alguien que acaba de tenérselas que ver directamente con el día.

Ya curado, yo dudaba de estarlo. No podía ni leer ni escribir. Estaba rodeado de un Norte brumoso. Pero, he aquí la extrañeza, aunque recordaba el contacto atroz, me marchitaba viviendo detrás de las cortinas y los vidrios ahumados. Deseaba ver alguna cosa en pleno día. Estaba harto de lo atractivo y lo cómodo de la penumbra. Sentía en el día un deseo de agua y de aire. Y si ver era el fuego, exigía la plenitud del fuego, y si ver era el contagio de la locura, yo deseaba locamente esta locura.

En el establecimiento, me asignaron un trabajo sin importancia. Teniendo el doctor un laboratorio de análisis (él se interesaba en la sangre), la gente entraba, bebía una droga. Extendidos sobre pequeñas camas, se quedaban dormidos. Uno de ellos obró astutamente. Después de haber absorbido el producto oficial, ingirió un veneno y cayó en coma. El médico llamó aquello una villanía. El médico lo resucitó y, además, "puso una demanda" contra ese sueño fraudulento. Aquel enfermo merecía, a mi parecer, algo mejor.

A pesar de que mi visión había disminuido sólo un poco, caminaba por las calles como un cangrejo, agarrándome fuertemente a los muros, en cuanto los soltaba, sentía el vértigo rodear mis pasos. Sobre esos muros, veía con frecuencia el mismo afiche, un afiche modesto, pero con letras bastante grandes: **Tú también, tú lo deseas.** Ciertamente, yo lo deseaba, y cada vez que encontraba estas considerables palabras, yo lo deseaba.

Sin embargo, algo en mí cesó rápidamente de desear. Leer se convirtió para mí

en una gran fatiga. Leer no me fatigaba menos que hablar, y la mínima palabra verdadera exigía de mí no sé qué fuerza que me faltaba. Se me decía: Usted es complaciente con sus dificultades. Estas declaraciones me sorprendían. A los veinte años, en las mismas condiciones, ninguno me hubiera notado. A los cuarenta, algo pobre, me convertía en un miserable. ¿De dónde provenía esta desagradable apariencia? En mi opinión, la había atrapado en la calle. Las calles no me enriquecían como ellas deberían razonablemente haberlo hecho. Al contrario, al seguir las aceras, al penetrar en la claridad del metro, al pasar por avenidas admirables en donde la ciudad resplandecía soberbiamente, me volvía extremadamente apagado y, recogiendo una parte excesiva del deterioro anónimo, atraía inmediatamente tantas miradas que sentía que la ciudad no estaba hecha para mí y que ella hacía de mí algo vago e informe. También ella parecía afectada y ostensible. La miseria tiene esto de tedioso, que se hace visible y aquellos que la ven piensan: He aquí que se me acusa, ¿quién me ataca ahí? Aunque no deseaba de ninguna manera llevar la justicia sobre mis vestidos.

Se me decía (algunas veces el médico, algunas veces las enfermeras): Usted es una persona instruida, tiene capacidades; al no emplear aptitudes que, repartidas entre diez personas que no las tienen, les permitiría vivir, las priva usted de lo que ellas no tienen, y esa indigencia suya, que podría ser evitada, es una ofensa a sus necesidades. Yo preguntaba: ¿Por qué estos sermones? ¿Es mi lugar el que robo? Arrebátenmelo. Me veía rodeado de pensamientos injustos y de razonamientos malvados. Y ¿qué lanzaban contra mí? Lanzaban un saber invisible de quien nadie tenía la prueba y que yo mismo buscaba en vano. Yo era instruido. Pero quizás no lo era to-

do el tiempo. ¿Capaz? ¿Dónde estaban esas capacidades que hacían hablar como jueces con toga, ocupando un escaño y dispuestos a condenarme día y noche?

Amaba bastante los médicos. No me sentía disminuido por sus dudas. Lo fastidioso era que su autoridad aumentaba de hora en hora. Uno no se da cuenta, pero son unos reyes. Abriendo la puerta de mis habitaciones decían: todo lo que hay allí nos pertenece; se lanzaban sobre mis pensamientos más miserables: esto nos pertenece. Interpelaban mi historia: habla, y ella se ponía a su servicio. Rápidamente, me desprendía de mí mismo. Les distribuía mi sangre, mi intimidad, les prestaba el universo, les daba el día. Bajo sus ojos carentes de sorpresa, me convertía en una gota de agua, en una mancha de tinta. Me reducía a ellos mismos, pasaba todo entero bajo sus ojos, y cuando finalmente, no teniendo de presente más que mi perfecta nulidad, y no teniendo nada más que ver, ellos dejaban también de verme, muy irritados se levantaban gritando: Pero, ¿dónde está usted? ¿En dónde se esconde? Escondese es prohibido, es una falta, etc.

Detrás de sus espaldas, yo percibía la silueta de la ley. No la ley que conocemos, que es rigurosa y poco agradable; ésta era diferente. Lejos de caer bajo su amenaza, era yo quien parecía azuzarla. Parecía como si mi mirada fuera un rayo y mis manos la ocasión de perecer. Además, ella me atribuía ridículamente todos los poderes, se declaraba perpetuamente a mis pies. Pero no me permitía pedir nada y cuando me reconoció el derecho de estar en todo lugar, esto significaba que yo no pertenecía a ningún lugar. Cuando ella me colocaba por encima de las autoridades, eso quería decir: usted no está autorizado a nada. Si ella se humillaba quería decirme: usted no me respeta:

Yo sabía que uno de sus objetivos era hacerme "administrar justicia". Me decía: "ahora eres un ser diferente; nadie puede hacerte daño. Puedes hablar, nada te compromete; los juramentos no te atan más; tus actos siguen siendo sin consecuencia. Tú me pisoteas, y heme aquí siendo aún tu sirvienta". ¿Una sirvienta? No quería una sirvienta a ningún precio.

Ella me decía: "Tú amas la justicia. —Sí, creo que sí—. ¿Por qué permites que se ofenda la justicia en tu persona tan notable? —Pero mi persona no es notable para mí—. Si la justicia se debilita en ti, ella será también débil en los otros que sufrirán las consecuencias. —Pero este asunto no tiene nada que ver con la justicia—. Todo tiene que ver con la justicia. —Pero usted me había dicho que yo era diferente—. Diferente, si reaccionas; jamás si dejas que los otros reaccionen".

La ley acudía luego a palabras fútiles: "La verdad es que ya no podremos separarnos. Te seguiré por doquiera, viviré bajo tu techo, tendremos el mismo sueño".

Yo había aceptado dejarme encerrar. Momentáneamente, me decían. Bien, momentáneamente. Durante las horas de aire libre, otro residente, un anciano de barba blanca, me saltaba a las espaldas y gesticulaba por encima de mi cabeza. Yo le decía: "¿eres entonces Tolstoi?". Por esto el médico me juzgaba loco. Finalmente, yo paseaba todo el mundo sobre mis espaldas, un nudo de seres estrechamente entrelazados, una sociedad de hombres maduros, atraídos hacia lo alto por un vano deseo de dominar, por una chiquillada desdichada, y cuando me desplomaba (pues no era de ninguna manera un caballo), la mayoría de mis camaradas, desplomados ellos también, me apaleaban. Eran momentos felices.

La ley criticaba vivamente mi conducta: "En el pasado, lo conocí a usted muy diferente. —¿Diferente?—. Nadie se burlaba de usted sin recibir su merecido. Verlo a usted costaba la vida. Amarlo significaba la muerte. Los hombres cavaban fosas y allí se hundían para escapar a su mirada. Se decían entre ellos: ¿Ha pasado ya? Bendita la tierra que nos esconde. —¿Me temían hasta ese punto?—. El temor no le era a usted suficiente, ni las alabanzas del fondo del corazón, ni una vida correcta, ni la humildad en el polvo. Pero sobre todo que no se me pregunte. ¿Quién se atreve a pensar hasta mí?".

Ella aumentaba singularmente el tono. Me exaltaba para, acto seguido, elevarse: "Usted es el hambre, la discordia, el asesinato, la destrucción. —¿Por qué todo eso?—. Porque yo soy el ángel de la discordia, del asesinato, del fin. —Pues bien, le decía yo, he ahí más de lo que necesitamos para ser encerrados los dos". La verdad es que ella me agradaba. Ella era en ese medio sobrepoblado de hombres el único elemento femenino. Una vez me había inducido a tocar su rodilla: impresión extraña. Yo le declaré: no soy hombre a contentarme de una rodilla. Su respuesta: ¡eso sería asqueroso!

He aquí uno de sus juegos. Me mostraba una porción del espacio entre la parte alta de la ventana y el techo: "Usted está allá" me decía. Yo miraba ese punto intensamente. "¿Está Usted allí?". Lo miraba con toda mi fuerza. "¿Y bien?". Sentía saltar las cicatrices de mis ojos, mi vista se convertía en una herida, mi cabeza en un hueco, un toro reventado. De repente gritaba: "Ah, veo el día, ah, Dios", etc. Yo protestaba pues este juego me fatigaba enormemente, pero ella se sentía insaciable de mi gloria.

¿Quién le tiró a usted el vidrio a la cara? Esta pregunta aparecía en todas las preguntas. No se me hacía directamente, pero era la encrucijada a la que conducían todas las vías. Se me hacía observar que mi respuesta no descubría nada, puesto que desde tiempo atrás todo estaba descubierto. "Razón de más para no hablar. —Veamos, usted es instruido, sabe que el silencio llama la atención. Su mutismo lo traiciona de la manera más disparatada". Yo respondía: "Pero mi silencio es verdadero. Si yo lo escondiera, ustedes lo encontrarían un poco más lejos. Si él me traiciona, mejor para ustedes, les es útil, y mejor para mí a quien ustedes declaran servir". Tenían que remover cielo y tierra para aclarar el problema.

Me interesé en su búsqueda. Eramos todos como cazadores enmascarados. ¿Quién era interrogado? ¿Quién respondía? El uno se convertía en el otro. Las palabras hablaban solas. El silencio entraba en ellos, refugio excelente, puesto que solamente yo lo percibía.

Se me había pedido: Cuéntenos cómo sucedieron las cosas "con precisión". ¿Un relato? Yo comenzaba: No soy ni sabio ni ignorante. He conocido alegrías. Es muy poco decir. Les contaba la historia completa y ellos escuchaban, me parecía, con in-

terés, por lo menos al comienzo. Pero el final fue para nosotros una sorpresa compartida por todos. "Después de este comienzo, decían, usted relatará los hechos". ¡Cómo era posible! Ya había dado fin al relato.

Debí reconocer que no era capaz de formar un relato con dichos acontecimientos. Había perdido el sentido de la historia, eso sucede en el curso de muchas enfermedades. Pero esta explicación sólo los volvía más exigentes. Entonces me di cuenta, por primera vez, que eran dos, que dicha trampa al método tradicional, a pesar de explicarse por el hecho de ser uno de ellos un técnico de la vista y el otro, un especialista en enfermedades mentales, daba constantemente a nuestra conversación el carácter de un interrogatorio autoritario, vigilado, controlado por una regla estricta. Es verdad que ninguno de los dos era el comisario de policía. Pero, siendo dos, a causa de ello eran tres, y ese tercero permanecía firmemente convencido, estoy seguro, de que un escritor, un hombre que habla, que razona con claridad, es siempre capaz de narrar los hechos que recuerda.

¿Un relato? No, no más relato, nunca más.